de nuestros padres, otro y otros procuraban levantar aquí y ahí, sus buenos y dignos hijos; y si la casa del Señor era despojada de sus mas ricos adornos, al dia siguiente estaba todo renovado, y si ello no era mas rico, sí mas bello, airoso y resplandeciente que antes, merced al óbolo del pobre y á los heróicos sacrificios del sacerdote.

Oh! este movimiento religioso y moral, impreso en toda la diócesis por la mano del Sr. Espinosa, basta él solo á cubrirlo de gloria, y á hacerlo digno de nuestra eterna gratitud. Vedlo, señores, dirigiéndolo todo, velando sobre todo, trabajando sin descanso en todas las cosas concernientes á su ministerio pastoral, cual cumple á un grande obispo: *Tu vero vigila, in omnibus labora. Ministerium tuum imple.* Aquí lo hallareis ocupado en apartar á su rebaño de los pastos envenenados, de las malas doctrinas que propala por la prensa y de todos modos, una escuela funesta: al silbido del pastor ocurren y lo rodean los hombres de corazon y de fe; y á la prensa se opone la prensa. Justo apreciador el Sr. Espinosa, de los talentos y de los méritos de sus sacerdotes, divide con ellos sus tareas y señala á cada uno su puesto: á unos les encarga el exámen, la reimpresion y difusion de los mejores escritos; á otros diversos trabajos literario-religiosos que tengan por objeto la defensa y exposicion de tal ó cual verdad católica, atacada por lo que se ha dado en llamar la *idea moderna*, y que no es sino el viejo error

y las trilladas objeciones de siempre, y á todos que instruyan y moralicen á los pueblos con el ejemplo y con la palabra evangélica, con la dedicacion exclusiva á su apostolado de paz, de amor y de sacrificios. Allí oireis al Sr. Espinosa que, en obedecimiento del *Clama ne cesses* de los Libros divinos, y movido del santo pavor que le inspira el *Ay de mí porque callé!* de los propios Libros, hace por sí mismo respetuosas, dignas y sábias observaciones al poder civil, para que no se consumen los atentados que se proyectan contra los derechos imprescriptibles de la Iglesia, y solo despues de que se desatienden y no se contestan sus razones, basadas en la mas estricta justicia, protesta altamente, una y otra, y cien veces, contra esos atentados, sin que ninguna consideracion humana, ni ningun peligro basten á detenerlo: ese es su deber y nada ni nadie le impedirán cumplirlo. Descansa en la rectitud de su conciencia, y espera y confia en Dios. El ha puesto en sus manos un sagrado depósito, y lo defenderá valerosamente, y reclamará los derechos de Dios y de su Iglesia, aun á costa de su sangre y hasta el último momento de su vida. Un dia alcanzará el premio de su lealtad, porque "anduvo en presencia del Señor, en la justicia y en la rectitud de corazon." *Ambulavit in justitia et recto corde.....* ¡Admirable fuerza la de la virtud! Ni los mismos que desatendieron la voz del Sr. Espinosa, le han nega-

do nunca la buena fé, el profundo saber y el santo celo con que procedió.

En medio de tan duras fatigas, veréislo atender á mil otros negocios: no parecia sino que se multiplicaba este hombre extraordinario. El tiempo era para él un tesoro muy precioso, del que sabia sacar mil recursos, por medio de un método invariable y una exactitud proverbial con que distribuia sus quehaceres, hora por hora, sin desperdiciar ni un instante. Nunca buscaba ni queria ningun desahogo: su desahogo eran los libros, el estudio: aun sus únicos y breves paseos de la tarde por su palacio, tenian por objeto meditar y madurar alguna medida útil y benéfica para su diócesis, ó algun trabajo científico en servicio de la Iglesia. Examinaba las cosas, no solo en conjunto, sino detallada y minuciosamente, al tratarse del gobierno de la Mitra, así en los pequeños como en los grandes negocios. No se desdeñaba alguna vez de revisar, hoja por hoja, un cumuloso expediente, ni de practicar por sí mismo fastidiosas operaciones numéricas. Es que á ello lo impulsaban su grande amor á la justicia y á la verdad, y su resolucion de no fallar nunca sino con pleno conocimiento de causa.

En extremo severo consigo mismo, era, sin embargo, indulgente, afable y accesible para todo el mundo, como la viva imágen de la caridad: si alguna vez tuvo que dictar una providencia severa, no fuè sino á su pesar, con verdadera pena para

su corazon, y cuando ya no era posible otra cosa. Hombre verdaderamente evangélico, lleno del espíritu de Jesucristo, no tenia sino palabras de compasion para la debilidad humana, y de acciones de gracias á Dios, porque lo preservaba, decia, de lo que con tristeza solia ver en su prójimo.

¡Oh, si yo pudiera mostraros todo el amor que ardia en aquel pecho generoso hácia sus semejantes! Los niños, los jóvenes, y sobre todo, los pobrecillos, eran el objeto de sus desvelos. ¿Cómo no habia de ser así, cómo no habia de amar mucho á sus prójimos, cuando amaba tanto á Dios, cuando una de sus mejores obras, y la aspiracion de toda su vida, fué la de haber logrado que por toda la diócesis se estableciera la *Vela perpetua*, y se diera un culto explendoroso y tierno al divino Maestro del amor á los hombres, á Jesus en el santísimo Sacramento, suministrando para esto, fondos y todo lo que se necesitaba? El que ama así á Jesus y á Jesus sacramentado, no puede menos que amar, á ejemplo suyo, á aquellos á quienes y de quienes decia el Salvador, tendiendo sus brazos: "Enfermos y afligidos, venid á mí y os consolaré..... Dejad que se acerquen á mí los pequeñuelos."

Hé aquí por qué el Sr. Espinosa tenia tanto interes por el Seminario y la escuela, y por qué los protegia con toda su influencia y valer. ¡La niñez y la juventud! ¿Quién, en efecto, mas digno que ellas de todo el cuidado de un obispo como el que

lloramos, que tantos votos hacia al cielo por la felicidad de la Patria y el engrandecimiento de la Iglesia, que cifran sus mas halagüeñas esperanzas de un próximo glorioso porvenir, en la generacion que comienza, y en cuyas manos estarán pronto los destinos de aquellas? Es por la niñez, por su educacion cristiana,—sin la cual toda otra ilustracion, marchita y agosta el alma del niño, como el viento abrasador del medio dia, seca y deshoja una tierna planta;—por lo qué su Illma. manda aquí y ahí abrir escuelas católicas, y reimprimir cientos de miles de ejemplares de ese pequeño libro de oro de Ripalda, que se reparte gratuitamente entre millares de niños pobres.

Y el Seminario conciliar, ¡cómo era, asímismo, de la mas singular predileccion de su antiguo rector el Sr. Espinosa! Si en los varios años que estuvo al frente de ese establecimiento, le hizo muchos y grandes bienes, mayores aún le dispensa despues; porque tiene de él los mas gratos recuerdos, porque, además, es su Seminario, sí, el seminario del Obispo, y porque ama, como nadie, á la juventud, á la ciencia y á las letras. Nada le complacia tanto como visitarlo frecuentemente, fomentarlo de todos modos y de toda preferencia, informarse de cada uno de sus progresos, asistir á sus funciones literarias, y estimular y premiar al aprovechamiento y al mérito. Séale dulce ver, desde mas allá del sepulcro, que aun es amada su me-

moria en aquel plantel que su mano colocó á la altura de su época, y que marcha y se conserva en el mas brillante estado, bajo la proteccion de su Illmo. sucesor.

Los niños, los jóvenes, y sobre todo, los pobrecillos de Jesucristo, he dicho que eran objeto de los desvelos del Sr. Espinosa. Efectivamente: por su órden se distribuia cada mes, una suma considerable de dinero, entre los huérfanos, las viudas, los infelices desheredados de la tierra; y esto sin ruido, sin ostentacion, sin llamar á son de trompeta, cual lo acostumbra hacer, cuando distribuye un puñado de céntimos, la hinchada filantropía, moneda falsa de la caridad, como la llamó un gran pensador católico. Los pobres se retiraban, no humillados ni llenos de rubor, sino inundados sus ojos de lágrimas de gratitud, y profiriendo sus labios mil bendiciones para su bienhechor.

¿Y qué hará por los pobres enfermos que no tengan un lecho donde morir en paz, ni una mano amiga que cierre sus párpados? Lo que hace, señores, es fijar su atencion en los hospitales de Belen y san Juan de Dios, y al hallarlos en decadencia, en malas condiciones higiénicas, medio derruidos, por no decir en la inmundicia y en el completo abandono en que suelen caer las cosas por su propio peso, y tal vez sin culpa de nadie; manda en el acto la reconstruccion del primero, y el aumento de salones, aseo y diversas mejoras, muy

costosas, en verdad, del segundo. Fué eso muchísimo; pero no fué todo: faltaban en aquellos asilos de la humanidad doliente, unos ángeles que velaran á la cabecera de los enfermos, y los asistieran por amor á Dios: faltaban las Hermanas de la Caridad. ¿Por qué no habia de conseguirse que vinieran á esta tierra lejana, cuando se sabe que por aliviar las dolencias de sus hermanos desgraciados, no retroceden ante ningun peligro, ni ante los estragos de la peste, ni ante la furia de los mares, ni ante el estruendo de los campamentos, ni ante los hielos de la Siberia, ni ante lo que es peor que todo eso, la ingratitud y el odio de los hombres? Pues bien: el Sr. Espinosa, ayudado por otros hombres generosos é influentes, logra que las heróicas hijas de san Vicente vengan á Guadalajara, y cuiden de los enfermos, de los pobres y de los niños, con esa solicitud, y esa dulzura y esa abnegacion de la mujer católica, cuyo hermoso y sublime tipo es la Hermana de la Caridad. (*)

Duéleme decir ante los restos mortales del gran bienhechor de los pobres, que aquellos ángeles que hizo venir á costa de tantos sacrificios, han desaparecido, arrojados de nuestro suelo por las malas pasiones de los hombres.

(*) Es de justicia anotar que los Illmos. Sres. Aranda y Verea, fueron los que proyectaron, primero que nadie, traer á Guadalajara Hermanas de la Caridad, y el Sr. Espinosa, que encontró muy adelantado este negocio, trabajó en darle y le dió completa cima.

¡Sombra ilustre del Sr. Espinosa, compadeceos, como siempre lo hicisteis, de la ingratitud humana, y rogad á Dios por vuestros pobres y por vuestra infortunada México!.....

En hablar de la piedad y de los sentimientos caritativos de nuestro nunca bien llorado señor Arzobispo, me he detenido mas de lo que yo intentaba, con perjuicio, si cabe expresarse así, de otras mil virtudes suyas, de que nada he dicho, ni podré ya decir, porque estoy muy fatigado; porque, además, temo cansaros, no con el asunto, sino con el desaliño de mi palabra, y porque referir todas sus virtudes, seria cosa interminable.

Mas propio y hacedero seria investigar, no qué virtudes practicó el Sr. Espinosa, sino ¿cuál no practicó? Pues la respuesta en tal caso seria muy sencilla. Ninguna, porque todas le fueron familiares. Consuélame el reflexionar que la caridad verdadera y ardiente supone todas las demás virtudes, puesto que las demás no son sino el brillante cortejo de aquella, que es la reina de todas. "La caridad es paciente, benigna, modesta, no busca su propio interes, sino los intereses de Jesucristo." Si he señalado, pues, la caridad del Sr. Espinosa, señaladas quedan sus demás virtudes, las cuales podrian muy bien cantarse y resumirse en estas palabras de un himno de la Iglesia: *Qui pius, prudens, humilis, pudicus. Sobriam duxit sine labe vi-*

tam: Piadoso, humilde, prudente y casto: su vida fué sin tacha.

Su diócesis lo vió consagrarse á ella todo entero y hacerle cuantos bienes pudo. No se contentó con atenderla y regirla desde la capital, sino que la visitó en distintas direcciones y por los puntos mas lejanos, á pesar de su avanzada edad, de los peligros que corria, y de lo muy penoso que es un viaje por nuestras montañas y nuestras costas del Pacífico. Los pobres indios del Nayarith, entre otros pueblos, recordarán siempre que su santo obispo visitó un dia sus cabañas y sus tribus, y los consoló, y alivió su triste situacion, y los bendijo, y ungió su frente con el óleo y el bálsamo de la Confirmacion, y estableció escuelas para sus hijos, y nuevas misiones religiosas para que los instruyeran y salvaran sus almas.

¿Dónde tomaba fuerzas para trabajar sin descanso en la viña del Señor este siervo suyo? ¿Dónde? En la oracion, alimento y fortaleza del espíritu, en el sacrificio de la misa, en Jesucristo, fuente perenne de salud y de vida, y en el amor á la Vírgen Purísima. Cuando levantaba su alma hácia el cielo, recitando el oficio divino, estaba animado de tal fervor, y se penetraba de tal modo del espíritu de la Escritura santa, que edificaba y conmovia á los que lo acompañaban, causándoles no sé qué santa veneracion y temor. Este deber augusto del sacerdote, el rezo del oficio divino, era para el Sr.

Espinosa el deber mas grato é imponente: por eso, aun fuera del coro, rezaba casi con la misma pausa, con la misma gravedad, á la misma hora exactamente que allí, y hasta con cierta solemnidad, como allí se acostumbra, en los dias clásicos.

Si cumplia así con el oficio divino, ¿cómo celebraria el mas augusto de nuestros misterios, el sacrificio del altar? Mejor que decirlo yo, podeis vosotros imaginarlo. Allí, allí en el altar, al tener la Hostia sacrosanta en sus manos, y al llevarla á su pecho, era donde hallaba el secreto de su fuerza, y donde lo hallaba todo: luces, amor, virtud, delicias inefables.

Y con la Vírgen Purísima, ¡qué dulces y tiernos arrobamientos tenia! ¡qué palabras hallaba para Ella en su corazon! ¡qué ofrendas le hacia su amor! ¡qué gracias y qué consuelos recibia de Ella en sus amarguras! Solo en el cielo tiene ahora mayores goces, que los que tuvo en la tierra, al contemplar á esta dulcísima Madre, especialmente cuando él vió que comenzaba su episcopado con la gran victoria alcanzada por María y por el orbe católico, en la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion. ¿Lo recordais, señores? Secundando los deseos y la excitativa de su obispo, Guadalajara levantó mil arcos de triunfo, se vistió de gala, y sus templos celebraron y felicitaron en veintiseis funciones solemnes á la Reina de los cielos, siendo solemnísi-

ma, entre todas, cual nunca quizá, la que esta catedral le consagró, con motivo de ese fausto acontecimiento.

En un hombre tan benemérito y tan santo, no faltaba para colmo de su gloria, sino el que se cumpliesen estas palabras de Jesucristo: "Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia," y se cumplieron por fin en el Sr. Espinosa. Era preciso que contra el infatigable defensor de la verdad, de la justicia y de los derechos de la Iglesia, se ensañara la Revolucion y lo persiguiera de mil modos. Hé aquí los hechos.

Uno de sus caudillos perpetró en S. Illma. un plagio infame, camino de México, á donde iba á refugiarse, y poco despues la Revolucion misma lo condenó al destierro y le causó atroces sufrimientos. No se abatia, sin embargo, su cabeza; pues en toda adversidad veia una prueba á que Dios le sujetaba. Oid, si no, lo que contestó al autor del plagio, cuando le exigia por rescate una gran cantidad de dinero: "General, le dijo, alzando con dignidad la frente: ni yo, ni mi Iglesia, podemos dar la suma que se me pide, porque no obstante lo instruido que parece estais por uno de los vuestros, acerca de los fondos y cuentas de la catedral, ignorais aún que ninguna cuenta hay, sabedlo bien, que tenga por objeto rescatar obispos. Yo, ademas, yá daré órden de que ni mi Cabildo, ni nadie, dé nada por la libertad de que se me despoja....." ¡Qué respuesta, señores!

Digna de un San Atanasio, ó de un San Remigio. Mas el Dios que libró á Daniel en el lago de los leones, arrancó al Sr. Espinosa de las manos de aquel caudillo. La Iglesia de Guadalajara recordará siempre con gratitud á las personas que tanto trabajaron en conseguir, como en efecto consiguieron, la libertad del ilustre preso.

El mismo Dios lo protejerá y lo consolará despues en las amarguras del destierro. Y así sucedió positivamente, de un modo palpable. La Providencia divina le deparó desde luego, sin solicitarlo, el auxilio de una casa tan generosa como opulenta: la principal, y muy respetable y piadosa señora de la casa Barron, tuvo á honra el sacrificar su propio reposo, y los goces y las conveniencias del hogar y de la patria, por hacer compañía con algunos de sus hijos, al Sr. Espinosa en su destierro, y expensó, con una delicadeza digna de ella, una gran parte de los gastos cuantiosos del viaje.

Y en Estados-Unidos, y en España, y en Roma, y en todas partes donde encontraba á nuestros hermanos católicos, era saludado con respeto y rodeado de toda especie de consideraciones, el venerable obispo mexicano, á quien daban el glorioso título de Confesor de la fé. En Roma, sobre todo, á donde encaminó sus pasos, pidiendo á Dios no morir sin llegar *ad limina apostolorum*, y sin ver á esa gran figura de nuestro siglo, S. S. Pio IX; en Roma, sí, recibió mil singulares distinciones del Vicario de